

## Los Libros

### LA PRIMERA ANTOLOGÍA DE CAPDEVILA,

En este año de 1943, nos ha entregado Arturo Capdevila la «Primera Antología de sus Versos», seleccionada por él mismo, siendo esta circunstancia un antecedente que le da garantía y ejecutoria a la obra. No tenemos ante nuestra mesa de trabajo sus poesías completas, pero el florilegio aludido, nos causa la impresión de estar muy bien escogido. Casi siempre, la brújula más honda y plena, tratándose de antologías, es el entendimiento del autor.

Capdevila, como buen y noble argentino, está seguro, más aun, casi soberbio de su obra. Nos dice en el prefacio que: «Melpómene es el libro que siempre debe reeditarse, caso seguramente raro en las actuales letras poéticas». Y a esta afirmación suya, siguen otras de índole menor.

Con ojos limpios y corazón bien dispuesto, hemos pesado la intensidad y valor de esta Antología de Arturo Capdevila, y nuestra conclusión, en parte, por no decir casi en su totalidad, es negativa. Nos parece que el poeta no supo valorar sus fuerzas y fué el atleta que se inscribió en pruebas para las cuales no estaba capacitado. Se lanzó en busca de un sentido trágico y cree haberlo logrado. En el citado prólogo, nos dice: «La misteriosa Poesía mucho me dió; y su don no me hizo mal. Espero que tampoco al prójimo, ni aun cuando ella *hubo de ser mensaje trágico*». Pero Capdevila sólo es un poeta menor, que cometió el yerro de lanzarse a crear poesía mayor, poesía trá-

gica. Entonces, su resultado fué el único posible: no alcanzó sino una teatralidad vana, efímera;

«Mi alma fué en su minuto sobrehumano  
como un brasero con carbones rojos,  
Desnudé un arma. Se crispó mi mano.  
Me amarilleó la cólera en los ojos».

(«Drama»)

Y es así como en el poema «Melpómene», no hay nada definitivo, aunque las máspreciadas recitadoras, sigan recitándolo, como relojes a los cuales, previamente y por muchos años, se les ha dado cuerda.

Empero, Capdevila es sabio en el tono menor, en la poesía del recogimiento; en aquella que se identifica con el pensamiento. En aquella que fué la nota sorda o con sordina, de Antonio Machado. Por ello, sus poemas (los de Capdevilla) intitulados: «Ajedrez», donde dice:

«¡Ay del que fué romántico en la partida fútil!  
Bien le urdirá el destino su estrecho jaque hostil,  
y bien que dirá entonces en aflicción inútil:  
Yo moví mal mi torre, yo mudé mal mi alfil.

A causa, siempre a causa de un sino traicionero,  
de un jaque de caballos muere el rey tutelar.  
Y nos quedamos torvos frente al simple tablero  
de la vida, a la última lumbre crepuscular».

Y también los que se intitulan: «Umbral», (pág. 121), «Los Cantos de la Tarde», (pág. 199) y «Canción de las Figuras de Polvo», (pág. 112), nos parecen excelentes en su tono menor, y estamos ciertos que quedarán, como el más puro y definitivo aporte de Capdevila, a la poesía sudamericana.

Pero tratándose de este poeta nos cabe enunciar un hecho singular. Díaz-Plaja, dice en uno de sus textos que el arte poético de Antonio Machado, es lo personalísimo, lo inimitable. Lo que reside en el espíritu del poeta. Empero, al leer a Capdevila, en esta su «Primera Antología», hemos hallado coincidencias notables con el gran maestro español. He aquí algunos versos del argentino que atestiguan dichas semejanzas:

«Caía una tarde  
dichosa de enero.  
Su amigo escuchaba,  
las hojas volviendo.

Después de unos tristes  
y vagos arpegios,  
galante el amigo  
le dijo un secreto».

(«Romanza antigua», por Capdevila)

Fué una clara tarde,  
triste y soñolienta  
tarde de verano.  
La hiedra asomaba  
al muro del parque,  
negra y polvorienta...  
La fuente sonaba».

(«Soledades» VI, por Machado)

«Temblando el amigo  
le dijo: Te quiero.  
La tarde dichosa  
se hundió tras los cerros».

(«Romanza antigua», por Capdevila)

«La fuente cantaba:  
 ¿Te recuerda, hermano,  
 un sueño lejano  
 mi canto presente?  
 Fué una tarde lenta  
 del lento verano».

(«Soledades», id. Machado)

«La muerte es como un alto en el sendero:  
 y es alcoba la cámara mortuoria  
 donde se duerme, hasta que *el alba amiga*  
 por los balcones del oriente asoma».

(«Pórtico de Melpómene», Capdevila)

«¡Oh, dime, *noche amiga*, amada vieja,  
 que me traes el retablo de mis sueños  
 siempre desierto y desolado, y solo  
 con mi fantasma dentro...»

(«Soledades». XXXVII, Machado)

»—¡Por qué he escuchado tu filosofía!  
 Tú dijiste: Tus rosas son tempranas  
 y la rosa es mejor cuando es tardía.  
 Así, escuchando tu filosofía,  
 yo arranqué mi rosal de mis ventanas,  
 el buen rosal que en mi ventana ardía.  
 Hoy he visto, al pasar, rosas tempranas  
 en tu balcón donde hasta ayer no había.  
 ¡Ve lo que valen tus palabras vanas,  
 ve en lo que para tu filosofía!»

(«Así», Capdevila)

«Fué una clara tarde de melancolía.  
Abril sonreía. Yo abrí las ventanas  
de mi casa al viento. . . El viento traía  
perfume de rosas, doblar de campanas. . .

.....

Pregunté a la tarde de abril que moría:  
¿Al fin la alegría se acerca a mi casa?  
La tarde de abril sonrió: La alegría  
pasó por tu puerta—y luego, sombría:  
Pasó por tu puerta. Dos veces no pasa».

(«Canciones» XLIII, Machado)

«Y me puse a soñar. Y era la Vida  
con su noble ropaje  
quien marchaba conmigo por la senda  
como una dulce sombra acompañándome».

(«Los cantos de la tarde», Capdevila)

«Yo meditaba absorto, devanando  
los hilos del hastío y la tristeza,  
cuando llegó a mi oído,  
por la ventana de mi estancia, abierta  
a una caliente noche de verano,  
el plañir de una copla soñolienta,  
quebrada por los trémolos sombríos  
de las músicas magas de mi tierra.

... Y era el Amor, como una roja llama...»

(«Soledades», XIV, Canto Hondo)

Ahora cabe preguntarse: ¿ejerció Antonio Machado alguna influencia sobre Capdevila?

El español tuvo de la vida una filosofía propia, extraordinariamente suya. No fué en esta asignatura un licenciado anónimo que pesó las diversas escuelas para luego olvidarlas, como una ficha efímera. Ya sabemos que en su prisma filosófico, Dios, fué siempre, la nada absoluta.

En el argentino, por el contrario, a través de sus poemas no se nota una ordenación intelectual severa. Tal vez este antecedente, malogró, en gran parte, su estilo. En una de sus primeras obras nos lo dijo:

«De noche, en una gruta, cuelgo un candil. Y estudio libros de brujería para hacer mi canción».

(«Estos jardines solos»)

Finalmente, su estilo nos parece demasiado irregular. A menudo se funda en variante poéticas, figuras, metáforas, etc., ya descubiertas por otros poetas y cae en el poema falto de intensidad y de estilo. Su sencillez, verbigracia, en determinadas circunstancias, le conduce a nada:

«Las campanas se han callado.  
Está el cielo todo gris.  
Todo el aire está plomizo,  
y corre un viento infeliz  
que llora...

Van las mujeres  
al templo».

(«Viernes Santo».

He aquí también otro ejemplo de su vulgaridad y endeblez lírica:

«Mientras tanto, la ola besa mis pies. Me adula...  
me canta... salta... corre... se despeina... se enrula...  
¡Esa ola sin duda me conoce, y por eso  
llega a mis pies, me muerde jugando y me da un beso!»

(«Canto de augur»)

Fuera de los poemas ya destacados, son muy dignos de mencionarse por su ajustada y pulcra ejecución, los que se intitulan: «Así», «En vano», «Marcha Fúnebre», «Aulo Gelio», «Umbral», «Romance de los portugueses», «Canción ulterior», «Córdoba de las campanas» y «Romancillo de doña Anastasia y el cura».

La editora Espasa-Calpe, de Buenos Aires, ha estado en lo justo y oportuno, al editar esta selección poética de Arturo Capdevila, en su gran Colección Austral, pues involucra una alta invitación a que críticos y lectores sudamericanos, revisen la obra, ya tan vasta y sincera de este señalado argentino.—  
ANTONIO DE UNDURRAGA.



CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA REPÚBLICA DE CHILE. Anotada y  
concordada por *Mario Bernaschina*. Santiago, 1943

El autor es un joven estudiante de la Escuela de Leyes. Su labor es bastante conocida tanto por sus profesores como por sus compañeros. Bernaschina se ha dado por entero a los estudios, y ha consagrado gran parte del tiempo que debiera servirle de descanso para investigar algunas materias que le son de interés. Sus folletos anteriores «Génesis de la Constitución de 1925», en colaboración con otros compañeros, y «Libertad de Enseñanza y Estado Docente», en colaboración con Fernando Pinto, nos indican su afán de estudio, y el propósito de escudriñar materias, que amplían su conocimiento de estudiante.